

La curiosidad y la empatía

Por ENRIQUE GUARNER

EN 1908 el autor francés Henri Barbusse publicó su original novela «L'enfer» acerca de la curiosidad del hombre. Se trata de un empleado bancario que se instala en una pensión en París y por un agujero que descubre casualmente en la pared, observa sin escrúpulos lo que sucede en la habitación contigua y lo refiere mezclando en la narración interesantes comentarios.

Entre las escenas espiadas se cuenta la de una mujer casada que sostenía relaciones sexuales sin experimentar deleite alguno y solamente por alterar la monotonía de su existencia. En otra ocasión esta misma mujer lleva a su marido al cuarto, quien a pesar de verla desnuda, prefiere forzar sexualmente a la criada de la pensión.

El relato de Barbusse cobra mayor interés cuando llegan dos personas más, una joven rubia bellísima y la otra deformada por un avanzado embarazo. En seguida se les une un viejo decrepito atacado por el cáncer. Los tres permanecen en la habitación en la que sucede la venida al mundo de un nuevo ser; el matrimonio del moribundo con la mujer hermosa a la que convierte en su heredera; la confesión del enfermo con un sacerdote y su muerte. Este último suceso sirve de pretexto para que el autor haga una magistral descripción de la descomposición de los cadáveres.

La novela de Barbusse toca por lo tanto los temas principales que desarrollan la curiosidad del ser humano. Ellos son: la sexualidad, el origen de la vida, el dinero y la muerte. Cabe entonces preguntarnos ¿cuál es la razón de que investiguemos lo que nos rodea? Tal vez la mejor manera para descubrirlo sea remontándonos a la infancia. Para el recién nacido el conocimiento de los objetos se establece a través de la cavidad oral, puesto que por

medio de ella se averigua la capacidad gustatoria para ingerir o rechazar aquello que resulta comestible. Cuando el pequeño alcanza la locomoción es la superficie a su alrededor lo que se vuelve el centro de su entendimiento y toda la atención se concentra para discernir el lugar que el niño ocupa en el espacio. Sin embargo, poco a poco sus observaciones se dirigen a la diferenciación de los sexos y a la integración de sus propios genitales. A veces se pregunta como vino al mundo.

Al llegar al colegio la curiosidad se desarrolla en la competencia con los demás niños y quiere explicarse el origen de las jerarquías, así como la razón del funcionamiento de las cosas.

A partir de la pubertad es la sexualidad la que se vuelve la base de nuestras investigaciones, pero como la sociedad condena su conocimiento y existe el secreto, la curiosidad se desplaza a la esfera intelectual como vemos en la estupenda novela de Barbusse el problema de la vida y la muerte son los que más nos fascinan. El personaje principal como los niños, solamente mira a través de una rendija en la pared, porque parece saber que cualquier respuesta que obtenga resultará siempre insatisfecha.

En realidad, la curiosidad debe ser considerada como una respuesta inherente dado que no sólo se presenta en los seres humanos, sino en los perros, gatos y ratones, los cuales huelen o utilizan sus garras para descubrir los objetos cercanos que se les presentan. Los niños antes de cumplir un mes pueden mostrar interés en un anillo, a los tres investigan su propio cuerpo valiéndose de las manos y a los seis inspeccionan cualquier material que alcanzan. Cuando crecen se vuelven más curiosos y poseen varios métodos para conocer las cosas:

1) La exploración sensorial, valiéndose del gusto, el olor, el oído, la vista o el tacto.

2) La manipulación motora, comprimiendo, golpeando o mordiendo.

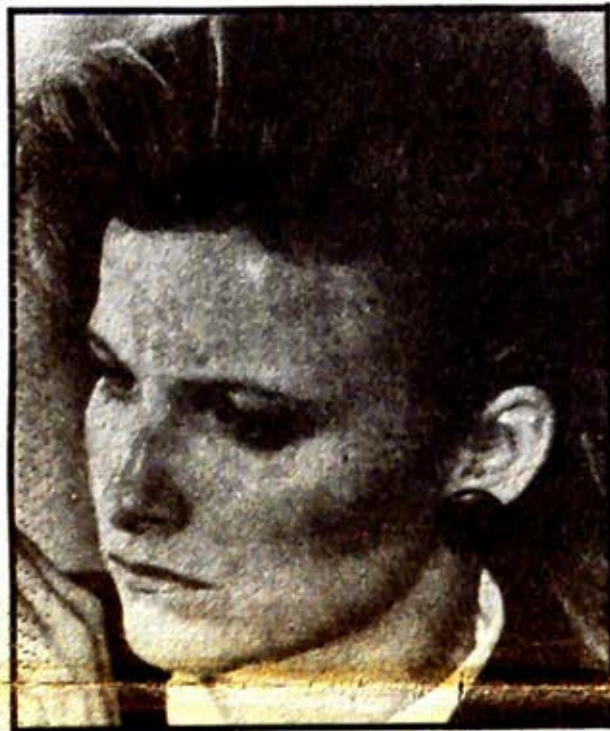
3) El lenguaje, o sea preguntando y cuestionando.

El desarrollo de la curiosidad en el niño ha sido debatido con frecuencia por los psicólogos. Existen aquéllos que temen que las criaturas vayan demasiado lejos y rápido. En general, tienden a reducirle el campo sensorial y le proporcionan escasos estímulos. Por otro lado, hay padres que favorecen la libertad y hasta instigan a sus hijos para que entiendan a las personas y las cosas. Para ello se les dan a las criaturas juguetes y entretenimientos que exciten su interés en temas como la electricidad, la química, la mecánica y se las expone a películas y programas de televisión que les lleva en forma temprana al descubrimiento del mundo que les rodea.

La empatía

Es una palabra griega que se refiere a entender los sentimientos y pensamientos de otra persona, o sea, a comprender el estado mental por el que ella pasa. Cuando «empatizamos» nos proyectamos en sus emociones y las integramos hasta el punto de entenderlas. Por supuesto que no todos los individuos poseen esta cualidad y fracasan en el cometido de ser buenos padres, maestros, gobernantes y terapeutas.

Aunque a lo largo de la obra de Sigmund Freud se sobrentiende el concepto de empatía, podría decirse que el primer trabajo por un psicoanalista dedicado enteramente al tema procede de Roy Shafer, quien en 1959 hizo un estudio sobre lo que denominó «empatía generativa», como la experiencia interna de comprender el estado psicológico por el que atraviesa un paciente. Según este autor, el proceso ocurriría en un alto nivel de la organización mental y daría lugar a comprender el pasado del





analizado en relación al del propio terapeuta. Los límites de los *yo* se expandirían y surgirían imágenes complementarias.

En 1960 el psicoanalista Ralph Greenson publicó un trabajo afirmando que el proceso de la empatía era pre-consciente y que era diferente de la simpatía, en la cual siempre surgían elementos de condolencia o lástima y que se deriva de congeniar o aceptar la alegría y el sufrimiento inconsciente.

Greenson añadió que en el desarrollo de la capacidad empática debe mantenerse el que el analista se envuelva pero al mismo tiempo permanezca distante, sea objetivo dentro de una subjetividad y sobre todo que conozca a fondo sus propios contactos emocionales. Este trabajo abrió una brecha en la literatura psicoanalítica, dado que hizo hincapié en que tanto el paciente como su terapeuta pueden influir el uno en el otro en el desarrollo de la situación analítica.

En un trabajo posterior Levin en 1969 afirmó que el analista debe poseer un *yo* receptivo para entender a su paciente evitando problemas narcisistas. A veces existen terapeutas con defectos que evitan la empatía porque quieren permanecer como pantallas alejadas de lo que sucede en las sesiones.

David Beres y Jacob Arlow en 1974 enfocaron el problema de la empatía al papel de la intuición del psicoanalista, quien en ocasiones sin darse cuenta tiene la misma fantasía que su paciente. Tal vez esta situación se derive de la comprensión inconsciente que se vuelve paralela por el proceso regresivo.

Para esos autores la identificación es la base del problema de la empatía y el afecto debe mantenerse flotante, aunque escrutinado por la parte consciente de la mente.

Por último, en el que en mi opinión es el mejor trabajo sobre el tema de la empatía y contratransferencia publicado en 1977 por el psicoanalista Sabert Basescu, éste nos

explica las angustias a las que lo someten sus pacientes.

Entre las divergencias de opiniones, unos dicen que no habla suficiente, en tanto que otros piensan que opina demasiado. Alguno afirma que casi no reacciona, pero los demás que lo hace en exceso. Un buen número le asegura que cobra en forma exorbitante, sin embargo, hay quien piensa que deberían pagar más. Existen clientes que lo consideran tradicional en su vestir, pero varios le han inquirido acerca de la informalidad en cuanto a su ropa. En cierta ocasión escuchó que su consultorio era ruidoso, a reserva de que también ha oído que resultaba desconcertante tanto silencio. Asimismo se le ha apuntado el que sea saludable, demasiado adaptado, carente de ansiedad, o el que no duerma bien. Alguien pensó que es junguiano, pero a la mayoría les suena freudiano y el otro día un cliente le preguntó: ¿por qué no usaba la hipnosis?

Basescu piensa que todo lo que se dice tiene un fondo de realidad y que las críticas o elogios no son otra cosa que reacciones ante su posición y empática. La idealización o admiración enmascaran a la hostilidad y agresión o viceversa, dentro de la situación terapéutica.

Sin embargo, en cualquier analista siempre existirá el sentimiento de ser verdadero, puesto que la anonimidad es invariablemente relativa. Además algo de uno mismo se transmite y casi todos los analistas se han transformado de reflectores incógnitos hacia observadores participativos, con lo que una parte de ellos es también analizada.

Basescu finaliza este extraordinario artículo haciendo ver que la relación terapéutica es compartida aunque no siempre mutua. Tampoco resulta amistosa a pesar del apego de las dos partes. No es paternal, ni amorosa o matrimonial, aunque existan analogías. En el fondo enmarca un carácter de profundo afecto en la que tanto paciente como terapeuta obtienen grandes satisfacciones alegrías y recompensas.